

Ismaíl Kadaré

El general del ejército muerto

Traducido del albanés por Ramón Sánchez Lizarralde

Alianza Editorial

Título original: *Gjenerali i ushtrisë së vdekur*

*Reservados todos los derechos.
El contenido de esta obra está protegido por la Ley,
que establece penas de prisión y/o multas, además de las correspondientes
indemnizaciones por daños y perjuicios, para quienes reprodujeren,
distribuyeren o comunicaren públicamente, en todo o en parte, una obra literaria,
artística o científica, o su transformación, interpretación o ejecución artística fijada
en cualquier tipo de soporte o comunicada a través de cualquier
medio, sin la preceptiva autorización.*

© Éditions Albin Michel, S. A.-Paris 1970
© de la traducción: Ramón Sánchez Lizarralde, 2010
© Alianza Editorial, S. A., Madrid, 2010
Calle Juan Ignacio Luca de Tena, 15; 28027 Madrid; telef. 91 393 88 88
www.alianzaeditorial.es
ISBN: 978-84-206-5153-8
Depósito legal: M. 35.662-2010
Composición: Grupo Anaya
Impreso en Fernández Ciudad, S. L.
Printed in Spain

SI QUIERE RECIBIR INFORMACIÓN PERIÓDICA SOBRE LAS NOVEDADES DE
ALIANZA EDITORIAL, ENVÍE UN CORREO ELECTRÓNICO A LA DIRECCIÓN:

alianzaeditorial@anaya.es

Índice

11	Primera parte
243	Segunda parte
369	Penúltimo capítulo
371	Capítulo final

Aquí los tenéis, tomadlos. El terreno era difícil
y el mal tiempo se ensañaba con nosotros.

PRIMERA PARTE

Capítulo I

Sobre la tierra extranjera caía una mezcla de agua y nieve. La pista de cemento, los edificios, los guardias del aeropuerto estaban empapados. La nieve fundida bañaba la llanura y los cerros y hacía relucir el asfalto negro de la carretera. Si no hubiera sido el comienzo del otoño, a cualquier otra persona que no fuera el recién llegado general aquella lluvia monótona le habría parecido una triste coincidencia. El general llegaba a Albania procedente de un Estado extranjero, con el fin de repatriar los restos de sus compatriotas muertos en todos los rincones del país durante la última guerra mundial. Las conversaciones entre los dos gobiernos se habían iniciado en la primavera, pero los acuerdos definitivos sólo llegaron a firmarse a últimos de agosto, justo en el momento en que comenzaron las primeras precipitaciones. Era, por tanto, otoño y la lluvia caía a su tiempo. El general lo sabía. Antes de partir se había informado, entre otros

varios aspectos, acerca del clima de Albania y sabía que el otoño era allí húmedo y lluvioso. Pero aunque el libro que había leído dijera que en Albania el otoño era soleado y seco, a él no le habría resultado insólita aquella lluvia. Todo lo contrario, y la razón era que siempre le había parecido que su misión únicamente podía llevarse a cabo con mal tiempo. Puede que las lecturas y las imágenes de películas que acudían a su memoria no fueran ajenas a ese estado de ánimo, pero en todo caso el viaje en avión y el tiempo sombrío lo habían acentuado.

Durante largo rato había observado desde la ventanilla del avión la imagen amenazadora de las montañas. Se diría que sus agudas cumbres fueran a rasgar en cualquier momento el vientre del aparato. Por doquier tierras abruptas. Sombrías laderas que se precipitaban bruscamente bajo la niebla. En aquellos abismos y barrancos, por toda aquella vastedad invernal, se pudría bajo la lluvia el ejército que él venía a exhumar. Ahora que contemplaba por primera vez la tierra extranjera, experimentaba con mucha más claridad el turbio miedo que le ocasionaba desde hacía muchos meses la sensación de irrealidad a la que estaba unida su misión. Su ejército estaba allá abajo, fuera del tiempo, inmóvil, calcificado, cubierto por la tierra, y él había asumido la tarea de alzarlo del barro. La sola idea le causaba temor. La suya era una misión antinatural, en la que la ceguera, la mudez y la absurdidad estarían siempre presentes. Las consecuencias eran impredecibles.

La tierra, que finalmente había hecho aparición abajo, en lugar de proporcionarle alguna sensación de seguridad

con su imagen real, había, por el contrario, acrecentado su miedo. A la indiferencia de los muertos se sumaba también la de ella. Mas no se trataba sólo de indiferencia. Había algo más. La loca carrera bajo la niebla, aquellos contornos tortuosos que parecían causados por el dolor no expresaban sino hostilidad.

Por un momento le había parecido imposible cumplir su misión. Después, penosamente, hizo esfuerzos por recuperarse. Trató de oponer al efecto de la visión hostil de la tierra y sobre todo de las montañas el sentimiento de orgullo por su tarea. Retazos de discursos y artículos, fragmentos de conversaciones, himnos, escenas cinematográficas, ceremonias, páginas de memoriales, campanadas; toda esa reserva hundida en las profundidades de su conciencia salía lentamente a la superficie. Miles de madres esperaban en su país el regreso de los restos de sus hijos. Él se los devolvería, llevaría a término su alta y sagrada misión. No escatimaría nada. Ninguno de los caídos debía ser olvidado, ni uno solo quedaría en tierra extranjera. ¡Sí, la suya era una noble misión! Varias veces durante el viaje se había repetido las palabras que le dijera una ilustre y respetable dama antes de partir: «Como un ave orgullosa y solitaria, volarás sobre aquellas montañas trágicas para arrancar de sus gargantas y sus garras a nuestros desventurados hijos».

Pues bien, he aquí que el viaje tocaba a su fin. Desde que dejaran las montañas atrás y comenzaran a sobrevolar los valles y luego las llanuras el general se sintió más aliviado.

El avión descendía sobre la pista mojada. Luces rojas, verdes. Un soldado con capote. Otro más. Ante el edificio de la terminal del aeropuerto varias personas con gabardina se dirigían hacia el avión que se detenía.

El general fue el primero en descender. Detrás, el sacerdote que lo acompañaba. El viento húmedo se estrelló con violencia contra sus caras y los obligó a alzarse los cuellos de los abrigos.

Un cuarto de hora más tarde sus automóviles rodaban velozmente en dirección a Tirana.

El general volvió la cabeza hacia el cura, que miraba silencioso por la ventanilla. Su rostro aparecía hermético, carente de toda expresión. El general comprendió que no tenía nada que decirle y encendió un cigarrillo. Luego volvió a mirar afuera. Los contornos de la tierra extranjera se le aparecían troceados y deformados por efecto de los chorros de agua que resbalaban por el cristal.

A lo lejos se oyó el pitido de un tren. El general intentó averiguar por dónde pasaría, si por su lado o por el del cura. Lo hizo por el suyo. Lo siguió con la mirada hasta que se perdió en la niebla. Después se volvió nuevamente hacia el cura, pero el rostro de éste continuaba igualmente hermético e inexpresivo. El general sintió otra vez que no tenía nada que decirle; comprendió incluso que no tenía nada más en qué pensar. Ya lo había meditado todo durante el trayecto. Ahora estaba cansado. Era preferible no continuar agitando su cerebro. Ya era suficiente. Mejor sería, por ejemplo, comprobar en el espejo retrovisor si llevaba en regla el uniforme.

Caía la tarde cuando entraron en Tirana. La niebla se mantenía suspendida sobre los edificios, las luces y los troncos desnudos de los árboles de los parques. El general se reanimó. A través del cristal observaba a los numerosos transeúntes que se apresuraban bajo la lluvia. Hay muchos paraguas aquí, se dijo. Querría haberle dicho algo al cura, pues el silencio ya empezaba a incomodarle, pero no sabía qué. De su lado vio una iglesia, más allá una mezquita. Del lado del cura se alzaban edificios inacabados, recubiertos de andamiajes. Las grúas, con sus luces como ojos rojos, se movían entre la bruma semejando monstruos. El general mostró al cura la iglesia y la mezquita, pero el otro no manifestó el menor interés. Eso significa que será difícil que le interese cosa alguna, pensó el general. Parecía encontrarse a gusto ahora, pero no tenía con quién conversar. El acompañante albanés viajaba delante del cura, mientras el diputado y un representante del ministerio, que los habían recibido en el aeropuerto, venían tras ellos en otro coche.

En el hotel Dajti el general se sintió en forma. Fue a su habitación y se cambió de uniforme. Luego bajó a la recepción y solicitó una conferencia telefónica con su familia.

El general, el cura y los tres albaneses tomaron asiento en torno a la mesa. Charlaban sobre asuntos diversos e intrascendentes. Eludían los temas políticos y sociales. El general se mostraba serio y atento. El cura hablaba poco. El general dio a entender que él era el personaje principal, aunque el cura hablara menos. Divagó sobre las hermosas tradiciones que la humanidad ha ido creando en torno a las exequias de los sol-

dados. Mencionó a los griegos y a los troyanos, que honraban con gran magnificencia a sus muertos durante las treguas entre las batallas. Era muy entusiasta con su misión. Cumpliría cabalmente con aquel deber arduo y sagrado. Miles de madres esperaban a sus hijos. Llevaban más de veinte años esperándolos. Es verdad que esta espera era algo diferente de aquella otra, cuando aún confiaban en que sus hijos regresasen vivos, aunque, de todos modos, también se espera a los muertos.

Él devolvería a esas madres los huesos de sus hijos, a quienes estúpidos generales no supieron conducir en la guerra. Se sentía orgulloso por ello. Y haría lo imposible...

—Señor general, su conferencia...

El general se puso en pie lleno de vivacidad.

—Discúlpeme, señores.

Con paso largo y majestuoso se dirigió a la centralita del hotel. Regresó con idéntica majestad, todo él resplandeciente. En la reunión se tomaba café y coñac. La conversación era ahora más cálida. De nuevo el general dio a entender que él era el principal personaje de aquella misión, pues el cura, aunque ostentaba el grado de coronel, en esta ocasión sólo figuraba como representante espiritual. Él era el jefe y como tal tenía el privilegio de conducir la conversación hacia los temas que se le antojaran: las marcas de coñac, las distintas capitales del mundo, los cigarrillos... Se sentía verdaderamente a gusto en aquel salón del hotel cubierto de pesados cortinones, percibiendo los sonos de la música extranjera, quizá incluso algo más que extranjera. Aunque siempre ha-

bía apreciado la comodidad y los privilegios materiales —le encantaban los viajes al extranjero: había algo de excitante en el lujo de los grandes hoteles internacionales, en los aeropuertos provistos de pabellones de decenas de países, en las lenguas extranjeras—, encontró sorprendente que se le despertara, así de repente, aquel apego al confort, la satisfacción ante todos los objetos que veía a su alrededor en aquella sala, desde los cómodos sillones hasta el zumbido agradable de la cafetera exprés. Más aún que apego, tal vez se tratara de cierta nostalgia premonitória por algo que sentía que debería abandonar durante largo tiempo.

El general estaba radiante. Él mismo no era capaz de explicarse el motivo de ese acceso de imprevista satisfacción. Era la alegría del viajero que encuentra cobijo tras un trayecto peligroso bajo un tiempo adverso. La pequeña copa ambarina del coñac comenzó a desplazar progresivamente en su memoria la imagen pálida y amenazadora de las montañas que, incluso ahora, sentado a la mesa, lo asaltaba inquietante una y otra vez. «Como un ave orgullosa y solitaria...» Y de pronto tuvo conciencia de su poder. Los cuerpos de decenas de miles de soldados, cubiertos por la tierra, habían esperado largos años que viniera; y he aquí que por fin había llegado, cual nuevo mesías, provisto de mapas, listas y anotaciones infalibles, para alzarlos del barro y restituírselos a sus padres y parientes. Otros generales habían conducido aquellas columnas interminables de soldados al fracaso y el aniquilamiento, pero él venía a rescatar del olvido y de la muerte lo que hubiera quedado de ellos. Recorrería cementerios y ce-

menterios por doquier, buscaría por los antiguos campos de batalla hasta hallar a todos los desaparecidos y extraviados. En su combate con el barro no conocería la derrota, pues estaba investido de la fuerza mágica que proporcionan las estadísticas minuciosas.

Él representaba a un país grande y civilizado; su labor debía estar por lo mismo marcada por la grandeza. Había, en efecto, en su tarea algo de la majestad de los griegos y los troyanos, de la magnificencia de los funerales homéricos. ¡Ah, boquiabiertos quedarían los albaneses de innumerables paraguas!

El general apuró una copa más. A partir de esa misma noche y en adelante, cada día, lejos en su país, todos los que esperaban dirían de él: «En este mismo momento está buscando. Nosotros paseamos, vamos al cine, al restaurante, al café, mientras él recorre de un confín a otro la tierra extranjera y busca. Busca, abre tumbas. ¡Ardua tarea la suya! ¡Pero él sabrá llevarla a buen término! ¡No en vano fue el elegido! ¡Que Dios le preste ayuda!».